

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—EL ECLIPSE, por D. Francisco Flores Arenas.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—VERDADES, MENTIRAS, ERRORES Y PREOCUPACIONES, por D. Pedro de Prado y Torres.—LA METAMORFOSIS, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—LA HIJA DEL MAR, cuento, por D. E. Llofriu y Sagrera.—GEOGLÍFICO.

EL ECLIPSE.

La vida de Cádiz no ofrece por lo comun muchos lances nuevos, y de aquí que sus habitantes anden siempre á caza de lo que sucede fuera de estos muros. Díganlo sinó las temporadas de Puerto Real y de Chiclana, los toros del Puerto y de Jerez, las ferias y la Semana Santa de Sevilla. Con tales tendencias á la emigracion, con este afan de inquirir lo que sucede en otra parte, dicho se está ya todo el interés con que habremos acogido lo que acaba de pasar, no ya fuera de Cádiz, sino fuera de nuestro globo. El eclipse del 18 de este mes, aun con todas las exiguas proporciones que tuvo, relativamente á lo que muchos esperaban, no podia dejar de ser, á falta de cosa mas gorda, todo un acontecimiento.

¡Un eclipse!.... ¿Y qué es un eclipse?—preguntaban algunos. Es una cosa semejante á lo que sucede cuando se coloca una pantalla de papel delante del velon para que su luz no ofenda; solo que aquí el velon es el sol y la pantalla de papel es la luna; dicho sea sin ofensa de la alta categoría de ambos astros.

Pero añadian: "¿Y para ver al sol con pantalla se ponen en movimiento tantos sabios de Europa, y llegan de los países mas remotos comisiones científicas cargadas con instrumentos y libros?"

—Ahí verán ustedes.

Esta respuesta dudamos que satisfaga á nadie; pero en rigor no hallamos otra posible, supuesta la pregunta.

Ello fué en fin que llegó el 18 de este Julio, y que desde bien temprano en todas las casas se ahumaban trozos de cristal, para asestarlos contra el sol no bien sonase la hora señalada en el programa del almanak. Rato antes ya la poblacion entera

JULIO.

se habia encaramado en las torres y azoteas, porque aunque el fenómeno pudiera muy bien observarse desde calles, plazas, ventanas y balcones, calcularon muchos que estando la torre mas cerca del sol que el suelo, por fuerza habia de verse mejor desde allí, y aun por eso se empinaban lo mas que podian.

Sin embargo, como era creencia bastante general el que el sol iba á apagarse ni mas menos que todas las noches se apaga la esfera del reloj de San Antonio, los mas habian tenido la precaucion de dejar preparada la torcida y con aceite el candil por lo que pudiera tronar, llevándose además á su escursion astronómica la caja de fósforos en el bolsillo.

A la campanada de la una y media millares y millares de cristales ennegrecidos se dirigian hácia el sol, el cual comenzaba á palidecer, flanqueado por el disco de nuestro satélite que á mas andar ganaba terreno. Aquí de las exclamaciones de la multitud: aquí de los comentarios. Muchos en el ardor de sus observaciones se aproximaban tanto los vidrios á los ojos que salian con las narices llenas de tizne. La ansiedad era grande; los vecinos que aun permanecian en sus habitaciones las abandonaron atraídos por la curiosidad, y desde el estrado á la cocina, desde la butaca al fogon, todo quedó desierto á riesgo de no recibir la visita ó de que se pegase la olla. El eclipse absorbía en aquellos solemnes momentos la atencion universal.

Llegó éste á su máximo: el astro arrojaba pocos y tibios rayos; pero aun así y todo la cosa no parecia bastante á los que ávidos de emociones fuertes esperaban mucho mas, lo que á dicha no se verificó, tornando poco á poco la luz á su natural intensidad y brillo. La poblacion entonces abandonó las azoteas, arrojando de paso á la basura sus improvisados instrumentos ópticos.

El eclipse de sol habia concluido; pero no los eclipses, porque en el mundo este es un fenómeno de cada dia y aun de cada momento. Su mecanismo es el mismo absolutamente que el de los astros: consiste en la interposicion de los cuerpos, y solo hay diferencia en el modo particular de observarlos.

Hay, por ejemplo, eclipse en el destino de un empleado cuando otro empleado se interpone entre él

y el ministro. Este eclipse se hace visible, no por un cristal ahumado, sino por una real orden. En lugar de tizne hay cesantía. Hay también eclipse en el amor de una mujer cuando entre ella y su amante se interpone otro galán. Este eclipse se observa bien por lo común con un antejo de teatro. Los dígitos eclipsados indican los grados de coquetería del astro femenino.

¿Pero á qué hemos de acumular más verbigracias? ¿No saben todos que hasta el morir es un eclipse, y por señas eclipse total?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

Aquí no hay eclipse: el Sr. Romea sigue en todo su esplendor, y puede vérselo con vidrios muy claros. El orden del trabajo se ha empezado á establecer sobre la sólida base del conocimiento adquirido ya por el director de los elementos con que cuenta y que puede convenientemente utilizar. El público está contento, acude y aplaude. No hay más que desear, al menos por el presente.

Varios son los géneros en los que el Sr. Romea ha dado muestras de la generalidad de su talento dramático. En todos ellos se ha mostrado gran actor, actor digno de su nombre. Quédanle sin embargo, algunos papeles de especial índole en los que aun no lo hemos visto en Cádiz; pero en los que, según noticias no veremos en él menos de lo que vimos y aplaudimos en *Sullivan* y en *El Hombre de mundo*. Queremos hablar de *La oración de la tarde*, obra de diversas condiciones, carácter de diferente corte, y en cuyo desempeño tantos aplausos ha alcanzado en otros teatros. La circunstancia de no haber sido puesta nunca en escena esta bella producción en el Principal hará más seguro todavía el éxito, puesto que el mérito de la obra se verá realzado por el interés de la novedad, y más que todo por lo superior de la ejecución.

Nada de lo presentado en los pasados días era nuevo aquí. No lo decimos porque esto sea una falta para nosotros, que nunca averiguamos la fecha de lo bueno, sino solo para que no se estrañe el que no analizemos las obras, toda vez que ya lo tenemos hecho en tiempo oportuno. Varias de ellas fueron además puestas en escena por el Sr. Romea en otra época y en este mismo teatro, aunque otras ó ciertamente no lo fueron ó no recordamos que lo fuesen. En este último caso se encuentra el *¿Qué dirán?* saladísima comedia de Breton, tan conocida como apreciada, y en la cual el Sr. Romea nos demostró que si sabe llevar el frac tan bien como el primero, y si posee maneras tan distinguidas como el que más, sabe asimismo revestir las formas, y adoptar los modales de un tosco lacayo, cuyo leviton se le despegaba cual si en efecto jamás hubiese echado sobre sus hombros otra cosa que la librea. Quien lleva aquel leviton y aquel chaleco encar-

nado tan bien como el frac de Sullivan y la cota de Guzman el Bueno; quien del héroe de Castilla pasa al actor de la aristocracia, y de aquí al hijo del aguador asturiano, siendo siempre lo que representa ser, ese es artista: ese es, en fin, el Sr. Romea.

Una de las ejecuciones que han ofrecido mayor perfección en el conjunto, ha sido la de la comedia *Don Tomás*, ya muy vista aquí y con éxito siempre. Mucho aplauso ha alcanzado ahora, porque además de lo que en ella como en todas las otras vale el Sr. Romea, fué este bien secundado, especialmente por el joven Mario, que ya ha empezado á dar muestra de lo mucho que es y de lo mucho que puede ser. De él decimos lo que ya habíamos dicho de la Srta. Berrobiano. Buen modelo tienen ambos que imitar, y buenas disposiciones. Un día llegará en que habrá que reemplazar á los que hoy son las joyas del arte escénico español. A ellos les toca, si no desmayan.

Respecto al porvenir de este teatro se susurran noticias, que á ser exactas habrán de complacer en extremo á los aficionados, pero que nosotros no nos atrevemos á aventurar aun. Baste decir que mejoraremos todavía.

Todos los lectores de *La Moda* saben, puesto que fué noticia dada en nuestra última *Revista de Madrid*, que entre las composiciones recientemente premiadas por la Real Academia Española con mención honorífica, hay una del Sr. D. Julian Romea, el cual ha logrado desmentir la antigua y admitida opinión de que es punto menos que imposible alcanzar en el Parnaso dos coronas. Es una oda que lleva por título *A la guerra de Africa*, y de ella nos ocuparemos próximamente, emitiendo nuestro pobre voto acerca del poeta con la misma desconfianza, pero también con la misma buena fé, con que hemos procurado juzgar al actor.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

VERDADES, MENTIRAS, ERRORES Y PREOCUPACIONES.

I.

—No existen historias, ni cuentos, con los que hayan arrullado más nuestros primeros años, como las historias de gigantes.

En primer lugar vienen los *ogros*, que se comen á los niños crudos, que poseen reinos sin fin; y que, de una zancada atraviesan ríos, y salvan montañas; luego, es *Gargantúa* que á guisa de cascabeles suspende de la collera de su mula las campanas de la iglesia del pueblo, y se sienta sobre una de las torres de la catedral de Sevilla para tomar con más comodidad un baño de piés en el Guadalquivir: después, siguen los gigantes de *Gulliver*, quienes para poder distinguir á los hombres tienen que usar catalejos.

Pasa la edad de los cuentos jocosos, sustituidos

por estudios serios en un colegio; pues bien, aun allí volvemos á encontrar los gigantes.

En segundo lugar, en los libros profanos, es Anteo, gigante de sesenta codos de altura que suspendió Hércules en el aire y ahogó entre sus forzudos brazos; luego, es el combate de los *Titánes* contra los dioses; esos Titánes son gigantes, que con el objeto de escalar el cielo, amontonan montañas sobre montañas, Ossa sobre Pelion, y el Olympto sobre Ossa.

Dicen que uno de los Titánes, sepultado vivo por Júpiter bajo el Etna, causa un temblor de tierra cada vez que se mueve, y hace surgir llamas del volcan á cada resoplido.—A los Titánes siguen los *Cyclopes*, de los cuales el mas famoso alto de trescientos piés, llamado Polyfemo, de cuatro bocados engulló á cuatro compañeros de Ulyses; y, de quien se vengó éste, jugándole la treta que nos cuenta la Mitología.—Vienen en pos los llamados *Lestrigons*, en cuyo pais viajó Ulyses, segun tantas veces asevera Homero.

Las tradiciones del Norte están acordes con las del Mediodia respectivamente á la existencia de los gigantes en las primeras edades del mundo.

Conocidos son los sueños de los rabinos relativos á la estatura de Adan, quien segun opinion de algunos de entre ellos pasaba de trescientos piés de altura, cuya cabeza rebasaba con mucho la atmósfera, al propio tiempo que, una de sus manos tocaba en el polo ártico, y la otra en el antártico. Tambien hemos leído sus símbolos, y lo que les plugo inventar referente á los patriarcas, especialmente de Og, rey de Bazan, el cual era de tan colosal estatura, segun la fábula, que las aguas del diluvio solo le llegaron á las rodillas, en términos que Polyfemo, como todos los demás gigantes reunidos hubieran podido bailar en la palma de su mano, no sirviéndole á Og, ni tan siquiera de mondadientes el hueso del muslo del Cyclope.

Los mahometanos han adoptado todas esas fábulas, que han cundido entre ellos como verdades.

A fin de probar la realidad de semejantes gigantes, que solo existieron en imaginaciones enfermas, y en el pais de las fábulas; han querido argüir con la existencia de giganteas osamentas exhumadas de la tierra; empero, la ciencia ha demostrado con pruebas irrefragables, las diversas especies de animales á quienes pudieron pertenecer esos fósiles enormes, atribuidos harto ligeramente por la ignorante credulidad á una raza de hombres colosales.

Algunos tendrán noticia del ruido que hizo en el siglo XVII el descubrimiento del pretendido sepulcro de *Teutoboch*, rey de los Cimbras derrotado por Mário, quien suponian que segun las dimensiones de sus huesos, debió tener lo menos treinta piés de alto; así como de la célebre discusión en la cual resultó probado que el tal *Teutoboch* fué sencillamente un elefante, cuyos fósiles fueron hallados en el Delfinado.—Ahí es adonde por lo regular van á parar las patrañas de todas las osamentas de gigantes. Tal espinazo atribuido v. g. á Polyfemo ú á Anteo, ha resultado ser una colum-

na dorsal de ballena; tal otro gigante se ha convertido luego en un mastodonte, en un hipopótamo, ó un rinoceronte; y ha llegado el caso de tomar por el pecho de algunos, la coraza de una tortuga; contribuyendo á desvanecer el prestigio de esas cosas, el ojo severo de la ciencia en el ramo de la anatomía comparada.

Si bien no es verdad que jamás haya existido raza de gigantes, no se puede negar de que sea susceptible la estatura del hombre de poderse elevar sobrepujando de mucho á la talla ordinaria en ciertos casos excepcionales: nosotros en nuestros dias hemos visto hombres altos de ocho piés;—y, si bien podemos calificar á semejantes hombres de gigantes, convengamos al propio tiempo que estos únicamente constituyen en la especie humana excepciones singulares, apareciendo aisladamente, á largos intervalos, y que estas estaturas nunca alcanzan tampoco el doble de la talla comun de la especie humana; no pasando jamás de unos nueve piés: hay que notar además, que semejantes excepciones tampoco son peculiares á ningun pueblo determinado; de modo que en los anales de la ciencia se citan ejemplos de gigantes nacidos en el Congo, entre los hotentotes, en Arabia, Siria, Italia, Suiza, en los Países-Bajos, en Inglaterra, Alemania, Dinamarca, España y Francia. Otro tanto decimos de los enanos, á pesar de la historia de los *pigmeos*, pues por mas que nos quiera decir Aristóteles, tan fabulosa patraña viene á ser la historia de los pigmeos como la de los *Lyliputienses*. Es verdad que los Laponos, los Samoídas y los Groënlandeses son de estatura mas pequeña que los demás pueblos, empero de ningun modo constituyen una raza de enanos. Cuéntase con referencia á cierta princesa alemana que concibió el extraño capricho de criar una raza enana, casando entre sí gran número de enanos de ambos sexos, que su proyecto fracasó completamente por falta de sucesion por parte de esos matrimonios en miniatura. Con los gigantes se ha notado igual resultado.

II.

Basta de *enanos y gigantes*;—y, pasando á otra variacion sobre el mismo tema que constituye el título de este pequeño estudio literario, tratemos de desvanecer otro error comun ó vulgar de los que circulan entre ciertas gentes *cándidas* como moneda corriente y verdades evangélicas.

Encontramos en la sociedad personas que tienen la manía de alabar todo lo antiguo y deprimir todo lo moderno; y nosotros hemos oido exclamar en mas de una ocasion á esos *laudatores temporis acti*:

—“Nunca se cometieron antiguamente tantos ni tan grandes crímenes como en nuestros dias.”

—¿Es esto verdad?

Ante todo, establezcamos que acontece con el paralelo de las épocas entre sí, lo que en la comparacion de los pueblos recíprocamente; ni las unas ni los otros, pueden acortar la distancia de los siglos, ni el intervalo de lugares, sino en proporcion que sus puntos de contacto y semejanza, surgidos

de sus extremos límites, ofrezcan entre sí una perfecta identidad de palabras, de cosas, costumbres, leyes, preocupaciones, y de circunstancias políticas y sociales etc., etc. Ahora bien; preguntaremos: ¿qué hay de comun entre los crímenes del siglo XIX y los de los siglos anteriores?

Concretándonos retrospectivamente al siglo XVII, por ejemplo, hallaremos que, anteriormente á la revolucion de 1789, el delito de lujuria, el crimen contra natura, el del desafío, el de mágia, de sortilegio, de apostasía, sacrilegio, de blasfemia, así como otros tantos crímenes de lesa magestad divina y humana, previstos y no previstos por las leyes, imprimian á la escala de crímenes una extension inmensa y enteramente fuera de proporcion comparativamente á las reducciones que ha sufrido de entonces acá, mientras que el sello de reprobacion en la frente, el vituperio, la admonicion, el látigo, la picota, las multas, las galeras, la encarcelacion, el tormento, el cadalso, el plomo derretido, el suplicio del fuego y muchos otros horribles castigos que la legal arbitrariedad del juez sabia hacer atrocemente variados en sus dolores, feroces y cruentas penalidades, prestaban á la escala de las penas un carácter agravante en progresion ascendente tocante al modo de aplicacion, el cual necesariamente habia de ejercer sobre los espíritus una influencia de intimidacion y terrorismo, que ha debido con precision á su vez ir perdiendo sucesivamente y casi por completo al cabo y al fin con nuestro sistema moderno de penalidad atenuante.

Con lo dicho creemos dejar asentado que, la semejanza de costumbres y de leyes, entre nuestro siglo y el décimo séptimo, no permite establecer entre la criminalidad de entrambas épocas ningun punto preciso de parangon moral ni de apreciacion. Y por lo que respecta á establecer una confrontacion numérica entre los crímenes de antaño y los de hogaño, la cosa no nos parece tampoco mas fácil; pues anteriormente al año de 1825 no existia entre nosotros estadística alguna de criminalidad. Luego, la censura prohibia á la prensa de épocas atrasadas á que publicase los crímenes que las leyes se reservaban juzgar y castigar;—al contrario de lo que acontece hoy,—siendo por decirlo así, el campo de los crímenes uno de los mas explotados por los periódicos; resultando de semejante publicidad, que el número de atentados aparezca ser mayor del que en realidad es, y corrobora en cierta manera la opinion de los que dicen, que los grandes delitos abundan mas en la actualidad, que antiguamente.

Si queremos fijar nuestra consideracion por breves momentos en un siglo aun mas cercano de nosotros, mas culto, mas ponderado,—el de Luis XIV por ejemplo—notaremos que en 1665 para castigar doce mil delitos graves de todas clases, se realizó lo que llamaron los grandes dias de la Auvernia; y por disposicion de los comisarios rejios, hubo 276 reos ahorcados; 96 desterrados; 44 decapitados; 32 descuartizados; 28 condenados á presidio; 3 azotados; &c.—Terminamos aquí estos apuntes, suprimiendo infinidad de datos que podriamos citar

para probar que no somos peores que antiguamente, y que los hombres seremos siempre los mismos, poco mas ó menos, hasta la consumacion de los siglos.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

LA METAMORFOSIS.

Ignoro en qué año fué; pero estoy cierto
De que entonces no habia
En España un kilómetro siquiera
De lo que hoy llamamos férrea-via:
Cada camino diz que parecia
Un árido desierto;
Y gracias que el viajero, fatigado
De andar á pié, ó mula, ó en mal coche,
Encontrase una venta en despoblado
Donde pasar la noche.
Una de estas, (por cierto que soplabá
Sutíl, desagradable remusguillo)
Un rico mayorazgo que viajaba
A las puertas llegó de un ventorrillo.
Era un hombre sencillo,
De inteligencia roma
Y un tanto comodón y perezoso.
El ventero oficioso
Le salió á recibir montera en mano;
Y el señor muy ufano
Cena y cuarto pidióle presuroso.
La cena no la habia;
Pero en cambio la venta no tenia
Mas que un cuarto y un lecho muy mediano,
Que ocupados estaban de antemano.
Aquí de los apuros:
—Te daré cuatro duros,
El mayorazgo esclama,
Si me das ese cuarto y esa cama.
—Imposible! respóndele el ventero;
Un negro, que de América ha venido,
Bien provisto de sendos patacones
Buena paga y propina me ha ofrecido;
Y yo soy caballero en ocasiones.
—Pues el mal está hecho,
Replicó el mayorazgo contrariado,
Anda y dile á ese negro endemoniado
Que me ceda una parte de su lecho.
Fué el ventero y volvió con el permiso;
El mayorazgo encarga á su sirviente
Que le llame tan presto
Como asome la aurora por oriente,
Y que todo lo tenga bien dispuesto
Para ponerse en marcha prontamente.
El ventero le guia;
Le deja un candelero
Que un resíduo de vela contenia
Y se marcha ligero.
Entonces el viajero
Ve con pavor al negro, que dormido
El trueno remedaba
De horrible tempestad con su ronquido.
Duda, vacila; mas la luz se acaba
Y es fuerza decidirse

Entre echarse á dormir ó no dormirse.

Al fin el sueño á su temor domina
Y echarse determina;
Mas como el pobre ha tiempo que padece
Herpética erupcion, y ahora le escuece
El rostro con el polvo del camino,
Cierta pomada ó crema que previno
Rebusca en su maleta;
Saca un bote, se unta
Con rapidez é inteligencia rara
Para evitar dolor y malos ratos,
Y el simple no barrunta
Que se ha untado la cara
Con el negro betun de sus zapatos.

No bien la aurora abrió sus celosías
"Vertiendo aljofaradas perlesías,"
Fiel el criado dió la voz de alerta;
El señor azorado se despierta,
Se envuelve en una manta,
Se tira luego al suelo,
Deja la alcoba, y encontrando al paso
Un espejo, se mira, ¡oh desconsuelo!
Oh novedad del caso!
Él no es él; su mejilla no arrebola
Un resto de carmin; su estrecha frente
Negra está y reluciente
Como si fuese natural de Angola.

Preciso es meditar, medir atento
La estension de tan fiera desventura;
Pensativo un momento
Se queda; mas de pronto
Con magistral acento,
—Ya dí en el *quid*, ya sé lo que ha pasado,
Muy satisfecho esclama;
Es que al negro ha llamado
El bárbaro criado
Y no me llama á mí: vaya un descuido!
Estúpido! mañana le despido.
Dijo, se fué á la cama
Y acto continuo se quedó dormido.

Este cuento hace poco me contaron;
No sé si me engañaron;
Mas él, lector, enseña
Que si un tonto se empeña
En llevar sus absurdos adelante,
No hay lógica, criterio ni razones
Que puedan contrariar un solo instante
Sus necias y menguadas decisiones.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LA HIJA DEL MAR,

cuento

POR DON E. LLOFRIU Y SAGRERA.

(CONTINUACION.)

VII.

Son las cuatro de la mañana.
El pequeño muelle de Santa Pola está cubierto
de gente.

A bastante distancia un buque mercante está pa-
ra darse á la vela.

En él se agita un pañuelo color de rosa é infini-
dad de pañuelos responden á la señal, oyéndose en-
tre los circunstantes esas palabras que solo las ma-
dres articulan con labio trémulo y entre suspiros
dolorosos:

—La Virgen le guie... ¡Adios... adios!!

Eran los que estaban allí, como ya puede cono-
cerse, la madre de Lorenzo, su prima, la cándida
Rosa, é innumerables amigos del que se ausentaba.

Ya henchida la vela por el viento é iluminada
con los primeros amarillentos rayos del sol, hendia
las olas el buque como la gaviota que bate sus alas
y cruza los mares, solazándose en contemplar el
cristalino elemento en que se baña.

Poco á poco fué desapareciendo entre la bruma,
llevándose en su centro la ventura de los que pre-
senciaban su marcha.

VIII.

La ausencia de Lorenzo fué sentida por todos sus
jóvenes compañeros, y no hubo en el pueblo una
sola persona que no dejase de ser impresionada por
el mismo sentimiento.

La madre era de continuo visitada por aquellas
honradas gentes que procuraban consolarla.

Entre ellas se contaba Rosa; pero esta necesita-
ba consuelo en vez de darlo.

Mariana se reunia muy á menudo con ella y la
infundia aliento y esperanzas.

Esperanzas la daba cuando ella misma las veia
perdidas.

Ya no habia en su carácter los rasgos de vivaci-
dad que la distinguian, ya no cantaba cual en otro
tiempo.

Su voz habia enmudecido como las avecillas ante
la borrascosa tormenta.

Rosa no habia perdido su costumbre. Al salir el
sol le veia todas las mañanas aparecer en el hori-
zonte; pero eran mas pálidos sus rayos, el mar es-
taba mas oscuro, el cielo no tan azul como enton-
ces. ¿Pues y las flores?... Las flores iban perdiendo
su color como ella: místicas sus hojas, las veia
caer una por una, y exclamaba entre suspiros:—
¡No volverán.... no volverán.... como él.... no vol-
verán!....

IX.

Mucho tiempo trascurrió sin que hubiese noti-
cias del ausente. Mas un dia, á la hora en que el
crepúsculo empieza á anunciar los misterios de la
noche, habia una jóven al lado de pobre y desven-
cijada mesa, leyendo en alta, pero conmovida voz,
una carta.

Era Mariana.

La tia Matea escuchaba la lectura como si de
ella pendiese su vida entera. En cada palabra ha-
bia un latido para su corazon, y en cada letra un
consuelo para su alma.

Algunos pescadores estaban oyéndola con religioso silencio.

Y no faltó algún anciano que no llevase la mano á sus ojos, para ocultar una lágrima que se deslizaba traidoramente por su rugosa megilla.

En aquella carta, que ya no cabe duda fuese de Lorenzo, daba noticias de su viaje, no muy feliz, y de su llegada á Oran, en donde su padre le habia insinuado el proyecto de marchar á América.

Que iban á salir de un dia para otro.

Que cuidasen de su infeliz madre.

Mas desgracias aun, mas desconsuelo venia á inclinar la frente de aquella esposa, de aquella madre infortunada.

Hasta entonces era posible la esperanza.

Mariana abrazó á su tia sin poder reprimir el sentimiento.

Los pobres marineros que presenciaban la escena se alejaron contristados.

América, para ellos que nunca habian atravesado otros mares que los que alcanzaban con la vista; para ellos que veian toda su felicidad en aquellas arenosas playas, era una tumba, un monstruo que devoraba á los tristes ausentes de su patria.

La madre y la prima de Lorenzo veian mas negro su porvenir: creian como cosa segura perderle para siempre.

Rosa tenia por costumbre visitarlas todas las noches.

Aquella noche vino mas pálida que otras veces, porque habia recibido tambien otra carta.

Estrechó la mano á Mariana, y se cambiaron una mirada de amargo dolor.

Eran dos tiernas flores cuyos débiles tallos se inclinaban á impulsos del huracan, y que se prestaban mútuo apoyo para no ser arrebatadas juntamente.

Mariana habia perdido desde mucho tiempo la esperanza de ser acariciada por la brisa de las ilusiones.

Rosa la perdia entonces. La primera ocultaba su amor, pero no sus lágrimas: su amor, que vivia de los suspiros del alma, y que se conservaba en ella á través de las borrascas del mundo, como la perla oculta en la nacarada concha por las olas combatida. La segunda encontraba en el seno de su amiga un tesoro de cariño, y buscaba en sus dulces palabras el consuelo que como un rayo de luz hacia brillar por un momento en su corazon la imágen de un porvenir risueño.

En tanto que la pobre madre solo soñando veia muchas veces la felicidad.

¡Cuántas noches Mariana, que dormia próxima á la cama de aquella pobre mujer, oia entre dolorosos gemidos el nombre de Lorenzo, y se levantaba como sobrecogida de loco frenesí queriendo engañar con mentidas ilusiones la triste realidad...

Así iba pasando el tiempo, y los años rápidos se deslizaban marcando su profunda huella en la decrepita Teresa, que veia escapársele la vida sin sentirlo, entre los halagos de su hija adoptiva que temia desapareciese de la tierra aquella alma sublime y generosa. La estrechaba en sus brazos é im-

primiendo con sus rojos labios tiernos besos sobre aquella frente coronada por los años é iluminada con la aureola de las virtudes, creia infundirle con ellos la vida de su corazon, el aliento de su juventud.

X.

La ambicion del hombre, que siempre es el norte de sus actos, le hace llegar á esos grandes descubrimientos con que se enseñorea del espacio y pretende dominar el tiempo.

Por eso las distancias desaparecen; por eso hace correr la palabra con la velocidad del rayo, y aspira á sujetar los elementos todos á su audaz inteligencia.

Mas para ello necesita medios materiales, medios materiales que el escritor reduce á cero desde la mesa en que escribe. Desde allí dueño del tiempo y del espacio, toma las cosas de donde quiere y las lleva á donde place á su voluntad. Atraviesa distancias, hace pasar ante su imaginacion los acontecimientos como en un variado panorama, y con la posible economía hace viajar á sus lectores sin riesgo de funestísimos descarrilamientos y violentos choques.

No os extrañe el preámbulo precedente, porque yo, enemigo de ciertos preámbulos célebres y de determinadas digresiones inconducentes é indigestas, he tenido que valerme de él para decirnos que vamos á pasar muchos años en nuestra mal coordinada historia; que hemos de dejar en blanco largo período de tiempo, porque nada ocurrió durante su trascurso que pueda interesarnos.

Dejemos á Lorenzo en América con su padre deseando volver á la pobre cabaña en donde su madre enjugara las primeras lágrimas que derramó; á su barquilla pescadora, desde cuyo centro habia tantas veces bendecido al sol, que con sus rayos de oro venia á iluminar la casa en donde moraba la vírgen de su primer amor.

Tambien hemos de abandonar el pueblecillo de Santa Pola, en donde por mucho tiempo no ocurrió cosa particular.

XI.

Estamos en la ciudad de Alicante, llamada por una de nuestras notabilidades primeras, LA MILLOR TERRA DEL MON.

Si quisiera cansar á mis lectores indulgentes, espetaria á renglon seguido una interminable descripcion de esa capital de provincia con aspiraciones de cortesana, de lo que Dios la libre por muchos años. Que bien se está ignorada con su comercio y agricultura, sin mas deseos que los de la prosperidad del pais, y ni envidiada ni envidiosa.

Yo hablo de lo que era hace algunos años.

Porque al presente despierta al áspero silbido de la locomotora, y ya se remonta su ambicion hasta las nubes.

Alicante, algunos años atrás, cuando se necesitaban quince dias de camino para aproximarse á la

coronada villa del madroño, vivía mecida al suspiro de las brisas en una infancia venturosa.

El murmullo de las aguas que su playa besan, la adormecía en el sueño de la inocencia. Respiraba el aroma de sus flores, rodeada de jardines y guardada por el castillo, ese constante centinela, esa pesada mole que impávida ha presenciado todas las épocas de su vida, atormentándola con su peso cuando ha pretendido levantarse del polvo en que yacía.

No se me llame estacionario porque veo cierta felicidad en la infancia de un pueblo; porque le contemplo libre de ambiciones, sin ese afán que en la juventud le desvela y en el invierno de sus años le hará morir. Yo no hago sino exponer los hechos.

Como no es mi fuerte la filosofía, voy á pasar por alto cuantas reflexiones se me ocurran.

No pretendo despertar la cólera de algun Aristóteles de nuestros días, de esos que llevan la ciencia completamente adherida á los quevedos.

Han pasado ocho años desde que suspendimos la narracion, y nos hemos trasladado á Alicante.

Las serenas aguas del Mediterráneo la bañan por la parte del Mediodía y Oriente, formando argentina diadema á la deidad marítima que canta su belleza al respirar suave de las brisas. Esa ciudad privilegiada va á ser teatro de los acontecimientos que terminen el mal perjeñado cuento que estoy comprometido á concluir, segun los datos que se ofrezcan á mi consideracion.

Pues bien; hay en la ciudad mencionada un comerciante acaudalado que no es orgulloso ni avaro, cualidad que debiera distinguir á todos los ricos y á los comerciantes todos. No tiene mas familia que una hija, en que cifra su felicidad y su ventura, porque es digna del amor de los ángeles.

Un día que se hallaba esta con su padre oyendo contar las desventuras que habian acibarado los días de su existencia, sintióse llamar á la puerta y apareció una jóven, triste y macilenta, pero llevando en los labios esa sonrisa celestial de los que padecen y esperan. Pedia amparo y proteccion. Habia llegado á su noticia que faltaba una doncella de labor á aquella señorita, y deseaba trabajar para vivir.

Milagro, este era el nombre de la hija del comerciante, lanzó una mirada de compasion á aquella desgraciada criatura.

Esa mirada misteriosa penetró el alma de la jóven é hizo brillar en sus ojos una lágrima. Su corazón se habia estremecido á impulsos de un sentimiento de ternura incomprensible.

—¿Cómo te llamas, querida? la pregunto Milagro.

—Rosa, respondió la jóven temblando.

El padre y la hija cambiaron una mirada de inteligencia, y esta se dirigió á la jóven recién llegada con ese acento cariñoso de que solo es capaz una mujer, uno de esos ángeles cuya patria es el cielo y que nos dan en la tierra, con una de sus sonrisas un destello de la eterna felicidad.

—Pues bien, Rosa, la dijo esta, desde hoy halla-

rás en nosotros tu proteccion y tu amparo. ¿No tienes padres?

—No, señora, respondió arrodillándose á los piés de la jóven y besando sus manos que regaba con lágrimas del corazón. No tengo padres: nunca los he conocido, y los dos seres generosos que me adoptaron han desaparecido de la tierra, dejando en mi alma un vacío que nadie podrá llenar.

Otro recuerdo aumentaba su dolor entonces: el recuerdo de Lorenzo. Nada se sabia de él. Quizá el olvido borrara de su memoria la imágen de Rosa que nunca le apartó de su alma.

Una tarde en que se hallaban bordando Milagro y Rosa que se amaban entrañablemente, bajó de la azotea el padre de aquella, cuyo nombre, si mal no recuerdo, era D. Estéban, con el semblante gozoso y llevando el catalejo en la mano.

Milagro comprendió la alegría de su padre y preguntó llena de júbilo:

—¿Ha visto Vd?...

—Sí, hija, sí: la corbeta *Milagro* está, si no me engaño entrando en el puerto... ¡Tiempo era ya desde que recibí el aviso de su salida de América.

Rosa, al oír estas palabras quedó inmóvil, con los ojos fijos en el suelo y repitiendo para sí:

—De América.... Dios mio! de América....

D. Estéban y Milagro advirtieron la turbacion de Rosa y vieron resbalar algunas lágrimas por su mejillas.

—Rosa, la preguntó esta, ¿qué tienes? confíame tus secretos; soy tu compañera, tu hermana... ven, y cogiéndola por la mano la llevó á su gabinete, en donde la pobre huérfana depositó el secreto de su desgraciado amor en el seno de aquel corazón grande y generoso.

XII.

Contó Rosa los tormentos de la ausencia, la pureza de su amor, y por fin sus tristes presentimientos.

—Mucho has padecido, la dijo Milagro despues de oír el triste relato de tan desgraciados amores, y añadió despues con intensa amargura:

Pero tú, al menos, tienes la esperanza de que algun día...

—No, no, replicó Rosa suspirando; ese silencio solo la muerte ó el olvido lo ocasionan, sí; la muerte ó el olvido.

—¿Quién sabe?... No desconfíes...

Pasó un momento sin que entre las dos se cruzase ni una sola palabra.

Por fin, Milagro, despues de un esfuerzo para conservar la serenidad de su espíritu, continuó:

—Rosa, Rosa mia, yo tambien he sufrido mucho, mas para mí no hay esperanza: yo he amado con todo mi corazón, con el amor que nace á los diez y ocho años: con esa pasión inextinguible del alma que siente por primera vez despertarse en su centro el afán y la inquietud.

Siempre en él mi pensamiento, encontraba en su mirada mi ventura. En cada latido de mi corazón habia un recuerdo para él.

Yo creía en él con la fé de un alma apasionada.

Era la primera vez que en mis oídos resonaba la voz del sentimiento... Le creí porque era una necesidad en mí el creerle: yo ansiaba un objeto en quien depositar todo el amor que mi pecho encerraba, y delirante y ciega le consagué cuantos afectos en mi corazón había.

—Pero él... la interrumpió Rosa con afán.

—Él juró mil y mil veces que me amaba, que era la única mujer que le había hecho comprender la pureza del sentimiento; la única que le hacía ver en la tierra que no era una ilusión la felicidad.

Yo recogía en mi alma aquellas consoladoras palabras como la matizada flor que abre su cáliz al espirar el día para recoger en él los últimos rayos del sol.

Pero llegó un día fatal, el de la separación.

En Madrid le esperaba un porvenir brillante: allí iba á continuar sus estudios y á ver la gloria desde lejos para ambicionarla.

Rosa tú sabes lo que es el primero y quizá el último adiós. ¿A qué renovar una herida para cuyo recuerdo habrá siempre una lágrima en mis ojos y un triste quejido en mi corazón?

Se apartó de mi lado, y durante los tres primeros meses de ausencia, en sus cartas traía á mi espíritu el consuelo.

Pasó mas tiempo y no recibí una siquiera.

No me atreví á dudar de él, Rosa; creí ofenderle dudando, y no me abandonó la esperanza.

Ya por fin llegué á comprender su indiferencia, su desprecio.

Sentí desgarrármeme el corazón y que faltaba á mis ojos el llanto.

¡Cuánto dolor se sufre, si llega un día en que no podemos llorar; si no baña nuestra amargura ese dulce rocío del alma que Dios nos legó para consuelo!

Trascurrieron bastantes años, y aun vivía su recuerdo en mí, y aun sentía al evocar su memoria palpar violento el corazón.

Aconteció que hubo mi papá de hacer un viaje á Madrid y me llevó consigo. ¡Con qué ansiedad deseaba yo llegar allí; y por otra parte: qué inquietud me atormentaba!...

Llegamos á Madrid, y mi vista le creía distinguir en todas partes, en todas...

Una noche fuí invitada á asistir á una reunión en que se daba un baile de máscaras: asistí por la primera vez.

Rosa, Rosa, dijo Milagro al llegar á este punto, él estaba allí. La casualidad, el destino ó la desgracia nos habían reunido. Yo procuraba cubrirme con el dominó y sujetar perfectamente el antifaz para no ser descubierta.

Un secreto instinto, sin duda, le guiaba hasta mí. Me ofreció el brazo y me invitó á bailar con él el vals siguiente.

Al sentir su brazo junto al mío temblé, me estremecí.

Mi labio no pronunció una palabra siquiera...

Yo estaba sin sentido...

El último recurso para que no descubriera la conmoción que experimentaba, fué acercarme á una an-

tigua amiga mía de Alicante que había reconocido en el numeroso concurso.

—Permítame Vd., le dije sin saber cómo, he visto á una de mis mejores amigas y voy á saludarla.

—¿La conoce Vd? me preguntaba él con interés.

—Sí, la conocí hace muchísimo tiempo.

¡Ay amiga mía! ¡cuál sería mi sorpresa al oír de sus labios el nombre de "esposa" dirigido á aquella mujer! Un grito de dolor que no pude ahogar en el pecho, resonó por los ámbitos del salón, y caí desfallecida. Oí entre sueños mi nombre pronunciado por los dos... y no ví mas. Fuí conducida á casa en un coche, y al siguiente día dispuse mi papá nuestro regreso.

Ya ves, Rosa, ya ves si deberé alejar de mí toda esperanza...

Yo te he dicho que confíes, porque mientras esperes tendrás alguna ilusión en esta vida. Cuando el desengaño venga á herirte, verás la descarnada mano de la realidad tronchando las flores que Dios hizo brotar en el sendero de tu existencia.

Mientras que estos dos ángeles iban conociendo los tormentos que alcanza á padecer el corazón que en pos de las ilusiones camina, otra escena no menos interesante pasaba en el despacho de D. Estéban.

El diálogo de Milagro y Rosa fué suspendido por la voz del padre de aquella, que gritaba sin aliento: Milagro... Milagro.

Las dos jóvenes corrieron presurosas á socorrer á D. Estéban, cuyo acento las había sorprendido extremadamente.

Veamos ahora lo que pasaba en el despacho.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Entre cielo y tierra nada hay oculto.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

